

A. E. T.

PORTAVOZ POLITICO DE LA AGRUPACION DE ESTUDIANTES TRADICIONALISTAS

DIOS PATRIA FUEROS REY

OCTUBRE, 1957

EDITORIAL

Hemos visto en LA HORA un artículo profundamente significativo como reconocimiento de los frutos que a lo largo de veinte años ha producido al país, en el aspecto político, la experiencia totalitario-caudillista que comenzó allá en 1937 con el Decreto de Unificación.

Es su autor un destacado jerarca del Movimiento —el camarada Pascual Marín Pérez—, y no puede negársele sinceridad cuando compara lo que políticamente existe en nuestro país con lo que sería una sociedad estable y estructurada. Todo ello queda sin embargo, como veremos, falto de verdadera fundamentación tradicional, razón por la cual puede su autor decir ese conjunto de verdades sin perder su jerarquía en el Partido Único. Nos recuerda su posición a la de otro jerarca del franquismo —el ministro Iturmendi— cuando, criticando en un dictamen público el proyecto de Arrese para la definitiva organización constitucional del Estado, encontraba que tal estructura y tales instituciones en nada diferirían ya de las soviéticas o de las titistas, salvo el trato dispensado a los eclesiásticos en uno y otros países.

Reconoce el Sr. Marín Pérez que las realidades naturales en que ha de asentarse el régimen español, a título de cristiano y recto, han de ser la persona, la familia, el municipio y el sindicato. Los hombres, que son fin en sí mismos, sujetos de salvación, se agrupan naturalmente por los fines de la procreación (familia), de la vida local (municipio) y del trabajo o profesión (sindicato). Reconoce también el articulista que, a pesar de veinte años de palabras y de fárragos, estas realidades naturales están muy lejos de haber encontrado, no ya su deseable expansión, sino ni aun siquiera el debido respeto por parte del nuevo Estado. No existe, en efecto, una libertad permanente y garantizada para la persona; la familia sigue regulada por el Código Civil, perpetuo extranjero en nuestra patria, y, si en algunas regiones se mantiene la libertad sucesoria y de testar es en razón de particularismos forales; el municipio se ha convertido en una delegación de los Gobiernos Civiles a los que tiene, según nuestro articulista, que pedir permiso hasta para nombrar un hijo predilecto; los sindicatos son organizaciones e instrumentos estatales sometidos, no sólo a la disciplina del Estado, sino incluso a la del Partido.

Frete a todas estas situaciones paladinamente reconocidas sugiere el Sr. Marín Pérez la necesidad de acometer una nueva y gran labor legislativa, inspirada toda ella en los principios tradicionales y



Al iniciarse el curso 1957-58 los universitarios carlistas deseamos hacer llegar a S. A. R. el Príncipe de Asturias Don Carlos de Borbón, Presidente honorario de las AA. EE. TT., el testimonio de respeto y disciplinada obediencia, así como nuestra afirmación de inquebrantable lealtad al Rey legítimo Don Javier I

no en la herencia liberal-constitucional. constaría ésta de la publicación, siquiera sea paulatina, de un nuevo Código Civil, regulación jurídica del derecho familiar, nuevo estatuto municipal, código del trabajo... Una vez cumplidos estos imperativos de reconstrucción política, opina nuestro autor que lo que él llama «forma política o de gobierno» —la monarquía y su concreción dinástica— carecen de verdadera importancia al no otorgarles más que un valor instrumental en el mecanismo de conservación de ese sistema de seguridad jurídica, y su instauración, por lo tanto, no debe tener más importancia que la de un mero cambio de ministerio.

No negamos, por nuestra parte, que todas aquellas ordenaciones jurídicas bajo criterios tradicionales no dejarían de ser necesarios y saludables. Pero parece no darse cuenta el Sr. Marín Pérez de que las leyes, por muy perfectas y bien intencionadas que sean, resultan inútiles si previamente se ha arrancado de los hombres y de los ambientes el sentido de la justicia y el hábito de la libertad. Esto acontece, por ejemplo, con el vigente Fuero de los Españoles, especie de fárrago constitucional lleno de literarias promesas de seguridad y libertad que no se cumple ni piensa nadie seriamente en cumplir, sobre todo en los momentos en que sería necesario.

En cambio, cuando un pueblo tiene saludables costumbres e instituciones arraigadas, cuando posee el hábito de la libertad y el sentido de la dignidad personal y colectiva, las leyes apenas si son necesarias más que como codificación de la costumbre; su yugo es entonces imperceptible, no pueden cambiarse por arbitrio de los gobiernos, y cada uno las obedece con el sentimiento de que se obedece a sí mismo.

Cuando, por el contrario, un pueblo ha perdido, o ve en disolución, estos resortes morales y estos hábitos políticos, la solución no puede ya encontrarse en la simple promulgación de unas leyes o en decretar la creación de determinadas instituciones. Aquellas serán letra muerta, y éstas, si llegan a ser algo, no pasarán de meras delegaciones del poder que las ha creado.

Es precisa entonces una labor lenta y abnegada de reconstrucción en la que se conjugue la prudencia del gobernante que procura, fomenta y vigila el renacer de las fuerzas e instituciones naturales de la sociedad, y la generosidad de un gobierno que se autolimita en pro del bien y de la salud del cuerpo social. Labor ésta que requiere tiempo y estabilidad, ya que paralelamente a la reconstrucción de las instituciones libres es preciso el renacer de las costumbres, del espíritu público, de la confianza en la justicia, del amor a lo propio, sentimientos sin los que leyes e instituciones son siempre una pura ficción.

¿Puede alguien pensar que esta lenta y difícil labor puede ser realizada por un gobierno de funcionarios, o de militares, o de cuerpos profesionales? Todos ellos

(A la página siguiente)

(De la página anterior)

tienden, por ley natural, a centralizar, a aumentar sus funciones y prerrogativas, a evitarse problemas. Un gobernador civil, por ejemplo, aunque esté convencido de que debe procurar la autonomía y el buen gobierno interior de los municipios, tenderá a sujetarlos a su poder e influencia porque su gobierno es breve y debe, sobre todo, eludir que durante el mismo se creen cuestiones.

Sólo un gobierno podría enfrentarse con esta inmensa reconstrucción social descentralizadora y corporativa, y aun es dudoso que lograrse dar cima a la obra en muchos casos: ese gobierno es la Monarquía, el único que por su misma naturaleza puede mirar el futuro a larga distancia y sentir que las instituciones naturales y autónomas, aunque más difíciles de gobernar que las meras delegaciones, son al cabo los mejores y más leales apoyos de la Corona cuando ésta se ve atacada. Tal es, aún hoy, el caso de las regiones forales españolas donde municipios y diputaciones tienen todavía vida propia, y son precisamente las zonas más monárquicas, más carlistas.

De lo cual resulta que la Monarquía, en vez de concebirse como el coronamiento o el simple mecanismo sucesorio de un sistema institucional y jurídico preexistente, ha de ser considerada como el único ejecutor posible de ese mundo de instituciones y auténticas libertades.

Pero, naturalmente, la monarquía que tal realizase habría de poseer toda la firmeza, respeto y autoridad que la institución requiere. Ciertamente que hoy, en España, serían muchos los que no la acatarían como el único poder legítimo, por una especie de deber filial, ni obedecerían al rey como a un poder en cierto modo santificado. Estos lo acatarían únicamente como a poder constituido y en evitación de futuras convulsiones. La Monarquía, que es el régimen de todos, sería la misma para todos sus súbditos, pero, por ley natural, fendería que ser traída por los que creyeran en ella y habría de apoyarse, en sus comienzos al menos, en quienes la consideren como algo más que «una solución» o «una fórmula».

Cuando la Monarquía no adviene bajo el signo de la legitimidad, ni sobre el supuesto de su implicación religiosa y de una obligada lealtad hacia ella, carecerá entonces incluso de la utilidad transmisora que se busca en su vigencia: viviendo como instrumento de otro o de otros, no falta nunca un Bourguiba, un Naguib o un Mussolini que opinen que ha dejado de ser útil y que el útil es él.

Mal porvenir político el de una nación cuya juventud ha estado durante veinte años sometida a una intensa propaganda antimonárquica y larvadamente socialista, y a la que ahora se pretende ofrecer una monarquía «fórmula o mecanismo» de sucesión, compatible con cualquier dirigismo de partido tipo Tito... Campo abonado para todos los histerismos nacionalistas, para todos los cambios anárquicos, para la tiranía totalitaria en todo momento...

EL PULPO

El artículo que sigue está escrito en 1957, a los veinte años de la experiencia totalitaria que vive nuestra Patria. Una experiencia un poco larga, que pasa ya de castaño oscuro. Antes de esa época andaban las cosas bastante violentas en España, y la verdad es que fué a la guerra aquella con ilusión y buen ánimo...

Pero, al menos, antes de la guerra, se sabía con claridad cuál era el Estado y cuáles éramos los demás, quiénes eran católicos y quiénes socialistas, quiénes eran curas o frailes y quiénes no, quiénes militares y quiénes directores de empresa, quiénes los ladrones y quiénes los guardias...

Ahora la cosa ha cambiado: frailes nuevos se hacen ministros, el socialismo nacional se enseña mezclado con la religión, un reino es presidido por un jefe de Estado, el robo se llama estraperlo o tanto por ciento de comisión, y el Estado, engordando día a día, nos ha incluido ya a todos en su seno... Todo esto es, sin duda, lo que ha inspirado el insano sueño que aquí se nos relata.

¿Recordais la METAMORFOSIS de Kafka? Cuando en la vida del pobre Gregorio irrumpe un monstruoso insecto al cual se ve incorporada su propia personalidad...

Era una visión de pesadilla con la cual Kafka quería mostrarnos cómo en la existencia todo es posible y que a cualquier situación nueva y súbita —incluso a la de amanecer un buen día convertidos en un inmenso insecto— nos adaptaríamos con la misma naturalidad que a nuestra realidad presente.

La otra noche tuve yo una pesadilla que parecía sugerida por el existencialismo kafkiano.

Apareció en nuestra vida —en la de todos— un pulpo inmenso, fabuloso. Nadie podía esquivarlo ni ignorarlo; estaba allí, omnipresente, y a todos era preciso hacer algo, adoptar alguna actitud frente a él. Era un día de ajeteo para todos aquel en que el monstruo apareció. Una de esas situaciones que tan a menudo se viven en sueños en las que las prisas y la angustia se conjugan en una desesperada carrera contra reloj. En aquella prisa colectiva unos se dedicaban a matar apresuradamente los ratones de cierta invasión doméstica, otros a criar con urgencia blancas palomas, otros a incubar majestuosas águilas. Y, como desenlace de aquellos atareados afanes, apareció el pulpo.

Ante su imponente presencia los hombres adoptaron actitudes diversas. Unos pensaron que era necesario construir algo sólido y exterior al monstruo que pudiera servir, al menos, como refugio y defensa futura a sus posibles ataques. Otros opinaron, en cambio, que era preferible dirigirse al pulpo, apoderarse de sus inmensos tentáculos para poder así moverlos en un sentido favorable o, al menos, no peligroso. Unos y otros habíamos discutido mucho en otro tiempo sobre las posibles tácticas frente a los enemigos amenazadores: si era preferible reducirlos desde fuera o captarlos desde dentro.

Pero en este caso, frente al pulpo, la suerte fué la misma para los unos y para los otros. A los primeros el monstruo arrojó oleadas de espesa tinta para desorientarlos, cegarlos, inmovilizarlos. A los otros los dejó acercarse hasta su viscosa superficie para dejarlos allí adheridos, impregnados, inertes.

Un tercer grupo de hombres resultó algo más afortunado que los anteriores: el de los que, conscientes de la omnipotencia del pulpo, se instalaron sobre el monstruo y cabalgaban dóciles a sus movimientos, festejándolo perpetuamente por temor a caer en alguna de sus sacudidas.

Visto este resultado de las distintas actitudes, los hombres se miraban entre sí interrogantes, suspensos: puesto

(A la página siguiente)

Totalitarismo católico

Alguien ha dicho que en el perfecto Estado totalitario «todo lo que no está prohibido es obligatorio». Es difícil concebir un disolvente más eficaz de la sociedad que un régimen estatista que sólo se apoye en su propia fuerza y no reconozca otro orden que el que emane de sus propias disposiciones.

Destruye primero todo ambiente y toda corporación que no sea obra suya; persigue como enemigo a toda autoridad social que no sea delegada de su poder. Arruinados estos ambientes y esas autoridades, desaparecen de la sociedad las costumbres arraigadas y los respetos íntimos, espontáneos, y toda relación humana y todo comportamiento se convierten en «objeto de reglamentación». La máquina legislativa tiene entonces que suplirlo todo, y el Boletín Oficial que lanzar miles de disposiciones diarias, cada vez más complicadas, cada vez menos respetadas.

Pero lo más grave y demoledor es el momento en que un Estado de estas características se declara paladín de la Fe y brinda protección a la Iglesia y a la vida religiosa. Como totalitario que es, la protegerá no sólo en lo que es obligación, sino en lo que es devoción. Entonces la religión, que es ante todo libre y amorosa espontaneidad, aparecerá ante los ojos del público identificada con un poder que es, ante todo, coacción y violencia.

La Semana Santa es, en la España de los últimos veinte años, buen ejemplo de esto. Según el espíritu de

(De la página anterior)

que los movimientos del pulpo eran incontenibles, resultaba necesario observar, al menos, adonde se dirigía el monstruo, cuáles eran sus fines y objetivos.

La pesadilla llegaba a su punto culminante en esta angustiada comprobación: el monstruo no caminaba a ningún objetivo concreto, sólo deambulaba tranquilamente para su propia conservación. Si alguna finalidad perseguía era la de extender en derredor suyo la naturaleza viscosa, impregnante, de su propio ser, reducirlo todo a una masa informe, a una inmensa papilla en la que no pudiera señalarse ningún límite preciso; hacer gris de lo blanco y de lo negro, templado de lo frío y lo caliente, pastoso de lo sólido y de lo líquido.

Entonces recuerdo que apreté los ojos desesperadamente y, por primera vez, soñé con querer dormir rápida, urgentemente, no ver más. Y el resultado fué, felizmente, despertar, volver a la realidad. Lo primero que acudió a mi vista fué la sonrisa de mi hermano pequeño que se hallaba a mi lado, en su camita. El, evidentemente, no había soñado, y no conocía aún la existencia del pulpo.

la Iglesia nada es obligatorio en estas íntimas y sentidas conmemoraciones del pueblo cristiano: ni aún el descanso ni la asistencia a los Oficios de Jueves y Viernes Santo. Sin embargo, la costumbre y la piedad del pueblo español han impuesto siempre en estos días silencio y recogimiento, ausencia de fiestas, bailes y música profana. Cosa que, menos acusadamente pero en forma bien clara, observan también los demás países cristianos. Por convicción, por respeto o por temor al ambiente, nadie osaría entre nosotros radiar en esos días música alegre o abrir las puertas de un baile.

Pero interviene el Estado y *prohíbe* todo esto, no sólo en los días en que la costumbre y el ambiente lo evitarían, sino durante los siete días de la Semana Santa; para algo hemos convenido en ser el Estado más católico del mundo. Las consecuencias son claras: lo que en este aspecto se hace en España deja de tener valor y significación a los ojos de todos; lo que sería espontaneidad y pública expresión de un sentimiento se convierte en imposición y violencia; lo que en los tibios sería respeto a dos días consagrados por la fe y la costumbre se trueca en cansancio y molestia de toda una semana. Y en las clases pudientes —que pasan aquí por muy católicas— se generaliza la devota costumbre de marcharse durante esta semana a la Sierra para huir de ella. ¿Cómo no ver que para que la gente acogiera espontáneamente una semana entera de recogimiento harían falta por lo menos cien años de lenta y verdadera cristianización del país? Veinte años más de impolítica coacción, y cuando ésta cese veremos bailar en las calles el Viernes Santo.

Aun es más grave entre nosotros la protección que el Estado dispen-

sa a la moral cristiana en las lecturas, radio y espectáculos. Resulta natural y fácilmente cumplible la prohibición que pesa sobre la literatura y prensa pornográfica porque es cosa muy concreta que aunque tenga su público, es rechazada por el ambiente general. Sería también deseable que un tribunal —eclesiástico o no— de prudentes moralistas procurara elevar, con mucho tacto, mucha amplitud y mucho trabajo, el tono moral de la literatura popular con que se nutre el espíritu de tantas gentes de escaso discernimiento. De aquí sería difícil pasar.

Pero el Estado español procede de otro modo. La censura moral —esa labor tan delicada y difícil— la convierte en un servicio más de funcionarios burócratas. Y la labor de éstos será como la de cualquier otro servicio público: falta de atención y de trabajo, ausente de responsabilidad personal, aplicación mecánica de unas pautas o normas simples y reglamentadas. Así, el resultado será más bien *ñoñizar* que moralizar la literatura. El suicidio, el adulterio, por ejemplo, se ven suprimidos por decreto, aunque la trama de la obra sea realmente moralizadora y estén debidamente tratados. En cambio, las mayores indecencias resultan admitidas con tal de que se vean precedidas de éso que se llama un «matrimonio blanco», matrimonio hecho por razones legales o casuales que autoriza después las situaciones más excitantes y morbosas entre quienes no pensaban iniciar una vida realmente marital. Con este simple artilugio «reglamentario» toneladas de novelas lascivas nutren hoy las imaginaciones juveniles con la venia de una censura que no permite, en cambio, ningún argumento fuerte ni real por recto y moral que sea.

Mucho cuidado con los "aires nuevos".

En el fondo son los aires viejos y falsos del liberalismo.

Que no se repita el truco de 1931.

CAMINO DE EUROPA

¡Nos asomamos a una nueva Europa. Los actuales acontecimientos nos indican que las relaciones entre los países europeos se van haciendo cada vez más fuertes. Hoy prevemos soluciones comunes porque también las necesidades son idénticas.

Pero hay que entender, entender para construir, la nueva Europa. Nos encontramos con un mundo profundamente dividido, esencialmente escindido en dos partes. Para muchos el problema es sencillo, adherirse a uno de los dos platillos de la balanza. O Rusia o Estados Unidos, comunismo o democracia.

La solución es distinta. Europa debe ser anticomunista, pero libre y totalmente independiente; debemos tener el derecho pleno de decidir sobre nuestros propios destinos. Hay quien pensará que esto es hacer una Europa débil y fácil presa de Moscú, pero no es así.

No hay nación más debilitada que aquella cuyo sistema de gobierno no responde a la voluntad popular, aquella en la que existe un abismo entre su constitución material y formal.

¿Sentimos en Europa, en España, a la democracia como el ideal por el que los jóvenes debiéramos dar nuestras vidas en la lucha contra el comunismo? No, y es completamente cierto que no seremos lo suficientemente fuertes para vencer al marxismo, a menos que encontremos una ideología que responda perfectamente a nuestros anhelos.

Si miramos a la Europa de 1939 en comparación con la actual, aquella nos parece mucho más resistente y sólida. La contención del comunismo era un hecho; Stalin reconoció su fracaso al limitar al socialismo a un solo país. El comunismo dejó de ser religión al tener fronteras. Hoy ha vuelto a serlo porque ha creado el mito de la conciencia universal. Lo malo de los sistemas ideológicos posteriores a la Revolución francesa es el presentarse con carácter de conciencia universal, porque aquella Revolución creó el mito del hombre abstracto. Sólo el Cristianismo tiene carácter de universal porque responde a la realidad del hombre concreto.

Los comunistas han aprovechado la candidez occidental al recoger todos los anhelos de justicia social o política bajo su bandera. Y fueron las democracias las principales responsables. Todos reconocemos las equivocaciones de Roosevelt, en nombre de la libertad se luchó en la segunda guerra mundial y fué el régimen de Stalin, en burla sangrienta, su mejor representante. Hoy, al transcurrir los años, tal vez nos demos cuenta de que fueron los generales quienes traicionaron a Hitler y Mussolini, no el pueblo, no los obreros. No definiendo los sistemas totalitarios, hago ver solamente que esto fué así, porque aquellos sistemas eran realmente populares. No fueron banqueros, capitalistas o diplomáticos los que se colocaron a su cabeza, sino que fueron reacciones defensivas del instinto nacional. Y

hemos de considerar siempre que los extremos a que llegaron fueron también debidos al acervo ideológico de liberalismo y democracia contra los que se consideraron como reacción.

Aquí debemos detenernos. No habrá Europa sana, sin naciones sanas; hemos de luchar contra el comunismo con los anticomunistas. ¿Piensa alguien que los gobiernos europeos de hoy son realmente anticomunistas? Creo que no; de su miopía extraordinaria hay que decir que son antirrusos, porque temen a Rusia, pero no son anticomunistas. Tal vez os parezca una paradoja, pero es cierto que para muchos de los que viven más allá del Pirineo les es completamente imposible ser anticomunistas, porque antes lo fueron para «salvar» a sus países. Basta leer los casos de espionaje, huidas y suicidios con que la prensa nos regala constantemente.

Los jóvenes europeos nos vamos dando cuenta de la atmósfera de hipocresía y demagogia que envuelve al mundo. Y lo que es peor: nos encontramos sin fuerza moral para criticar los sucesos realizados por el bloque soviético, cuando caemos en los mismos defectos. A los que tienen aún una mentalidad sana les es muy difícil separar Egipto de Hungría, tolerar las tragedias que afectaron a esta nación europea porque no poseían un canal o suficientes pozos de petróleo.

Algunos pensarán que los Estados Unidos no soportarían una Europa totalmente libre y ajena a las influencias de los dos bandos. Pero para ellos la última solución es más práctica: el equilibrio europeo, su solidez, son más interesantes para los Estados Unidos que la posesión de precarias bases que ni siquiera se ven con simpatía en los territorios nacionales.

Al toro soviético hay que colocarle un muro infranqueable, no un toro rojo que le obligue a atacar, porque tal vez prefiera el suicidio a morir acorralado, y su suicidio podría significar la muerte del orbe entero.

Hemos de concebir a Europa como unidad económica e incluso política, y es labor de juventudes crear un nuevo imperio. Vivimos aún el calor de los ideales de unos cuantos franceses del siglo XVIII. Y no merecen la pena. Ni democracias históricas, ni comunismo criminal, ni totalitarismos opresores, que tienen todos la misma raíz. Europa no es ésto: no educó al mundo, no creó una cultura ni una forma de ser al calor de estas mentiras. Hay que desteejar un dédalo de embustes, de odios y falsedades. Somos espartanos a los que no les gustan las falsedades de Atenas, hombres con fe que admiran a los que la tienen y no a lacayos llorones. Nos gustan los que viven con el sudor de su frente, los que son justos y rectos, amantes de la paz porque vivimos en la guerra contra la miseria y por la libertad.

Esta es la labor de hombres y de jóvenes, no de señoritos endomados ni de aprovechados enfundados en un «mono» que odian. Labor de los que escuchan y

¿En nombre de quién, y a título de qué, pretenden reinar en España D. Juan y D. Juan Carlos de Borbón? ¿En nombre, acaso, de un siglo de desdichas, de vergüenza, de desastres, que nos trajo como consecuencia la necesidad de una guerra que costó a España un millón de muertos, para salvarla de las garras del comunismo?

El 18 de Julio de 1936, cuando empuñamos las armas para salvar a la patria no lo hicimos para que a los veinte años de aquella histórica fecha, se traicionase su significado, coronando de nuevo a la usurpación, que representan D. Juan de Borbón y D. Juan Carlos, el «niño» de Zaragoza.

(Requeté de Valencia)

piensan, de los de buena fe y conciencia limpia, de los que no atienden a profetas enmascarados.

Y esto lo decimos en España, que siempre se ha preciado de hombres íntegros, que debe y tiene que ofrecer al mundo el tesoro de sus ideas encerradas en la encina de su tradición, que no es sino historia europea. No huecas palabras para emocionar o sentir, sino hechos posibles de alcanzar por los que hemos luchado durante un siglo. No es la oferta de una lucha para volver a caer en lo mismo, porque no se ha derramado la sangre de generaciones ni se ha estudiado la historia sin provecho. Y no somos un ejemplo del extremismo español, sino que marchamos junto a amigos de toda Europa, que esperan y atienden con nosotros. No es conspiración de grupo, sino camino, el único camino sobre el que surgirá Europa si quiere sobrevivir y crear su imperio, el único imperio posible de justicia.

Si un príncipe de la casa de Estoril es entronizado en España, la Juventud Carlista de Navarra no temerá llegar a los mayores extremos de sacrificio para combatir al usurpador; porque nosotros, que hacemos de nuestras vidas un culto al rey, no podemos tolerar que se le ponga a la patria por montera una familia que destruyó su sentimiento monárquico.

(Manifiesto de la Juventud navarra)

¡OTRO 14 DE ABRIL!

Han transcurrido 26 años desde el más famoso 14 de abril de nuestra Historia, muy interesante fuente de experiencia política; fin de la dinastía que usurpó el trono de España, comienzo de bien triste república. Anverso y reverso de una misma medalla.

El 14 de abril de 1931 no fué derrocada la monarquía; esto había ocurrido en 1833. Sólo abandonó su posición de hecho dentro de la mecánica política española una dinastía que pagó el precio de hacer el papel de república coronada a la que se permitía mantener una corte; sus partidarios eran cortesanos, no monárquicos. Aquella monarquía pasó por todas las transacciones, aceptado todos los pronunciamientos y en dos ocasiones abandonado el trono y huídos al extranjero sus representantes sin siquiera tiempo para dimitir, precisamente cuando por ser un momento difícil más necesaria era la presencia de un auténtico Rey.

La monarquía bien ida el 14 de abril no se preocupó de que los políticos que durante un siglo la sostuvieron careciesen de interés por el bienestar del país, y dejasen perder todas las oportunidades —a favor extranjero o de intereses particulares— de la época de mayor transformación económica del mundo, postración de la que nos resulta muy difícil salir. Pero, en cambio cuando surgió la única reacción digna y constructiva, la de Primo de Rivera, la cohorte de políticos y cortesanos no cejó hasta derrocarlo, como ocurrirá de nuevo, víctima de intrigantes de salón y trepadores de baja política, con cualquier movimiento de raíz nacional que intente colaborar con una nueva versión de aquella monarquía. Confiemos en que la juventud española no se deje engañar en esta ocasión, y alentada por los auténticos principios, del 18 de julio, impida esa nueva oportunidad que los «oportunistas» buscan.

República de intelectuales. Digna continuación de la anterior. Dejando otros al margen convie-

ne detenerse en éste, uno de sus aspectos más interesantes. El 14 de abril fué como uno de esos sueños en vigilia de los imaginativos, asombrosamente hecho realidad. Tras la anarquía del 98, adquirió fuerza en España un grupo intelectual, combinando la brillantez literaria de la generación del 98 con la impertinencia científica de los más antiguos krausistas, que imaginó un modo moderno, muy siglo XX, de resolver los problemas políticos del país con fórmulas literarias y pseudofilosóficas. Normalmente esto no hubiera pasado de las antologías como modelo de expresión idiomática, pero una serie de circunstancias, que probablemente sólo en España se han llegado a dar, hicieron que una buena mañana de primavera se encontraran estos intelectuales al servicio de la República, teniendo a su disposición el instrumento de transformación del país que tanto habían añorado. Ni sangre, ni barricadas, ni actos heroicos de valor, ni siquiera oratoria demagógica; el primer factor de valoración política debía ser el intelectual. Si en todo esto hubiese habido algo de real, si la solución intelectual ofreciese la más pequeña posibilidad política, hubiesen podido crear instrumentos ideales para la transformación del país, para esa educación de las masas que tanto les llenaba la boca. Pero la realidad del gobierno de los pueblos es muy compleja y sólo se sale adelante con valores efectivamente políticos. Los intelectuales carecían de ellos, eran simples diletantes de la política, y difícilmente hay actividad humana que admita menos diletantismo que el quehacer político. El diletantismo es frívolo, carece de sentido transcendente de la vida, de una mínima partícula de heroísmo, desprendimiento o sacrificio del yo ante la necesidad colectiva. Por eso Ortega, el inspirador de la República, el hombre que iba a dirigir la transformación del país, huyó muy pronto del mundo real de la política española. Cuentan que en una discusión en las cortes el marxista

Prieto le envió a un lugar «grosero», y Ortega dijo que «mientras no hubiese gente mejor educada él no podía seguir allí», o sea, que fué como sus tristes compañeros de odisea un verdadero Alfonso XIII de la República. Mientras la política consistió en un altar a la vanidad y la egolatría se sintió político, pero cuando podía implicar riesgo o incomodidad se retiró a sus más seguros cuarteles de invierno.

Más signos tuvo la República: barbarie, odio a España, favoritismo... pero no hace mucha falta recordarlo; todos los conocéis bien. Si en el intelectualismo nos hemos detenido es porque, del mismo modo que muchos cortesanos intrigan para una vuelta a antiguos tiempos, los «intelectualistas» aspiran a repetir la situación de 1930 y parece que se sienten de nuevo con derecho a conformar nuestro futuro régimen político.

Gran satisfacción deben dar ambas soluciones a quienes, más inteligentes y políticos, están al acecho de las brechas que se producirían. La juventud española debe valorar a los cortesanos y a los intelectuales en lo que se merecen y pensar en soluciones realmente políticas y constructivas, permitan el engrandecimiento de nuestra Patria dentro de su propia manera de ser, de acuerdo con nuestra forma de pensar, en lo que todos, por lo general, saltando barreras ideológicas más aparentes que reales, nos sentimos ciertamente compenetrados.

El S. E. U. es la justificación de los beneficios de unos cuantos señoritos.

¡Hasta cuándo vamos a seguir pagando con nuestras cuotas las sandeces y las juergas de cuatro zánganos profesionales?

Los frutos de la República EL JUEGO DEL "A. B. C."

«La Monarquía se hundió, no la derribó nadie. Lo que hicimos los republicanos fué poner en su lugar, ya vacío, la República». Así hablaba Lerronx poco después de la proclamación de la República. Tenía razón.

La república de 1931 no fué el principio de nada. Era que la monarquía liberal, que ya no creía en sí misma y que en el fondo nunca había pasado de ser algo muy parecido a una república parlamentaria, se había quitado la corona.

Spengler ha escrito: «Una república moderna, en los países tradicionales de Europa, no es más que la ruina de una monarquía que se ha desahuciado a sí misma». Con la República el proceso iniciado con el pacto con la izquierda de Cánovas no termina, solamente es sorprendido por un accidente.

Algunos, los demócratas cristianos del DEBATE, quisieron cristianizarla. Al día siguiente, el 15 de abril, apareció un editorial, nos imaginamos por quien fué escrito, en el que se decía: «Nuestro deber es acatar la República. Y no la acatamos pasivamente, sino de un modo leal y activo, poniendo cuanto podamos en ayudarle en su cometido». He aquí a un buen puñado de católicos, de «gente de orden», decididos no sólo a convivir pacíficamente, a soportar el nuevo régimen, sino a participar activamente en él.

¿Qué ocurrió? La historia es de sobra conocida. La república podía haberse conformado con garantizar una situación de convivencia noble manteniendo un equilibrio entre las distintas tendencias. Pero, ¿qué hizo? Creó, ante todo, una constitución que invitaba a la guerra civil, como afirmaba el mismo Alcalá Zamora. Su único objetivo parecía ser el de deschristianizar a los españoles: hablar de reforma social y no hacerla.

¿Aceptó, cuanto menos, los resultados de las «elecciones libres»? «Si las derechas no se dejan vencer en las urnas, tendremos que vencerlas por otro medio hasta conseguir el triunfo de la bandera roja. Porque, oído bien: si ganaran las derechas, nos veremos obligados a ir a la guerra civil». Así hablaba Largo Caballero antes de las elecciones de febrero de 1936 «Republicanizar, —como dice el conocido escritor García Escudero—, era sinónimo de desnacionalizar. El grito de ¡viva la República! idéntico al de ¡viva Rusia!

La experiencia de la república había terminado. La buena república, en España, era imposible. Porque en España la república no era una simple forma de gobierno como puede serlo en Estados Unidos —del que dijo un historiador americano, C. Hayes, que «si no tenemos una monarquía federal es porque no tenemos suficiente historia»— sino una doctrina fundamentalmente contraria a la doctrina católica y al modo de ser de los españoles.

«La primera lección de la República, vuelve a decir García Escudero, fué probar que el dique que derribó, aun con no pasar de cuatro tablas podridas, mantuvo represadas durante cincuenta años una guerra civil que la República sólo retrasó cinco años, y que otra Monarquía —la verdadera, la que organizó 67 Tercios y mandó 100.000 hombres a la guerra, la de los voluntarios carlistas— habría podido detener de manera definitiva».

Hay que aprender la lección. La república, que derivó en forma vertiginosa hacia la izquierda, no fué, en definitiva, más que un trampolín que aprovecharon los comunistas para conseguir sus propósitos. Y nuestro Alzamiento del 18 de julio no fué más que un adelantarse a la revolución roja, que tenían ya perfectamente preparada.

Existen personas que se sorprenden de todo y no se dan cuenta de que la tierra gira y algunas veces, ¿por qué no?, sus habitantes. Por eso cuando el diario madrileño «A. B. C.» inició su campaña pro Monarquía Tradicional y publicó numerosos artículos llenos de ardor y violencia contra la democracia, el parlamentarismo y demás hierbas, se extrañaron.

—¿El «A. B. C.»? ¿no era este diario el periódico liberal por excelencia? ¿no decía el difunto Don Torcuato que él era más liberal que Romanones, pues éste actuaba con un grupo, mientras que él luchaba solo?

Los ingenuos no acababan de comprender. No se daban cuenta que este diario, el enemigo más acérrimo de Falange, jamás regateó los más encendidos elogios a sus doctrinas y a sus hombres.

—¿Qué era, qué es, entonces, el «A. B. C.»?

—Lo de siempre: un periódico liberal. Por lo tanto, el honor profesional, la línea recta, le eran cosas ajenas. Para los liberales —todos lo sabemos— hay dos conciencias. Un hombre puede ser honrado en su casa, pero en política puede mentir, puede engañar, puede robar y su honor por ello nada pierde.

Es lógico, pues, que ahora el «A. B. C.», creyendo oportuna la etiqueta de la Monarquía Tradicional, se la coloque con toda la frescura. ¿No se ha colocado otras?

Y para hacer esta propaganda se acude a quien haga falta. Por ello vemos que los auténticos monárquicos alfonsinos no están en este juego. Y sí personajes ajenos a esta política. Contratados o asociados. Poco importa.

¿Qué hacen Don Lucas M.^a Oriol, Ruiseñada, Torcuato Luca de Tena, García Arias, Ansón y otros juntos? Y ¿por

qué se han unido? El lector avisado comprende inmediatamente que esta alianza, como las viejas uniones electorales, tiene poco porvenir. Pero a los carlistas nos indigna que unos desaprensivos entren a saco en el santuario de la Tradición y salgan disfrazados de «monárquicos tradicionales», poniendo, para más escarnio, la corona a Don Juan de Borbón Battemberg. No es el lobo disfrazado de oveja. Es el miliciano rojo revestido de pontifical. Y esto no es ya una comedia: es una profanación.

Que Don Juan diga —como ha dicho recientemente en Lausana— que es un rey liberal, constitucional y que quiera continuar el siglo de las luces, nos hace reír. Al menos es lógico y honrado. Pero que este clan, que por su cuenta y riesgo presenta una bufonada, pida un trato honroso, es otra cosa.

Deploramos que en la revista «Reino», cuyo contenido se asemeja extraordinariamente al de «El Caso», colabore Vicente Marrero. Porque este hombre es inteligente y no comprendemos qué puede hacer rodeado de Calvo Serer, Ansón y otros «valores» intelectuales amigos de Maeztu, protegidos amorosamente por el «ABC» en sus incursiones al campo de la política.

Lamentamos igualmente que se haya autorizado la aparición de esta publicación cuando los carlistas no podemos editar nuestra prensa. Y nos gustaría ver reflejadas en hechos las llamadas a la unión en el 18 de Julio que se nos hacen de cuando en cuando. Sería una muestra —por cierto, muy necesaria— de sinceridad.